

# Siglo XX en perspectiva desde México

Cacho Vázquez, Xavier

1991

---

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/4218>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

### SIGLO XX EN PERSPECTIVA DESDE MÉXICO

XAVIER CACHO \*

Más por un deseo historiográfico que por afán milenarista, al que juzgo poco serio y acrítico, quiero intentar una reflexión acerca de nuestro senecente siglo xx y desde este peculiar punto de vista de nuestra nación mexicana. Sabemos que el conocimiento humano es de índole perspectivista, que cuanto vemos y pensamos lo hacemos desde un tiempo sociocultural específico y un lugar no menos específico personal, existencial. Inmersos en el horizonte histórico, no sólo vivimos en la historia sino que *somos históricos*, lo que significa que la historicidad atañe a nuestra contextura ontológica, y así nuestro hacer y conocer acontecen en el tiempo/espacio, en momentos precisos de los procesos históricos a los que pertenecemos. Por otra parte, los hechos del siglo xx, en su especificidad, quedan como puntos fijos, por más que las distintas miradas sobre ellos sean modificables por el perspectivismo.

En el inmenso proceso cultural de occidente nuestro siglo se caracteriza por sus corrientes historiográficas. Originadas en el xviii (Vico, Herder) se fueron abriendo paso entre el avasallante racionalismo cartesiano y, después del *sturm und drang*, fueron creciendo al amparo de una metodología positivista (Humboldt, von Ranke, Michelet, Burchhardt, ...) durante el xix, hasta intentar —¡por primera vez en la historia!— formular su propia identidad y, consiguientemente, su peculiar metodología. Esta hazaña fue planteada e intentada por Droysen, Wilhelm Dilthey, sus interlocutores y sus discípulos en el último tercio del siglo xix. Dilthey y su postulación de las *Ciencias del espíritu* inauguran ya nuestro siglo xx. Se trata de una nueva

---

\* Director del Instituto Médico Asistencial BIOS y Profesor Numerario en el Departamento de Historia; Universidad Iberoamericana Plantel Santa Fe.

manera de autocomprenderse el hombre, de verificar a plena conciencia su singularidad ante los restantes entes del mundo, de agregar —a la milenaria concepción bipolar de sus raíces: “espíritu y materia”, “cuerpo y alma”— la “historicidad” como esencial a lo humano. El tiempo y el lugar como categorías occidentales según el aristotelismo han pasado, tratándose de los humanos, a ser esenciales para hablar del ser y quehacer humano sociocultural. Y así como la composición de espíritu-materia homologa a todos los integrantes de la humanidad sin importar época, raza, sexo y edad, así también la historicidad da cuenta de cada humano, lo sitúa en unas peculiares coordenadas culturales, sociales, temporales, locales que acaban por individualarlo y brindarle una multitud de ocasiones de personalizarse, sabiéndose único e irrepetible en esas sus circunstancias propias. Década tras década se irán desarrollando esas nuevas señales culturales brindando criticidad y hondura a las filosofías de nuestro siglo. Los clásicos planteamientos dialécticos, por brillantes que fuesen como los platónicos, aristotélicos y hegelianos, no podrán ser ya más autónomos sin sujeción a los contextos históricos en los procesos acumulativos a la vez que cambiantes de las culturas y civilizaciones. A la causalidad, aplicada en todos los campos, creadora de las ciencias naturales y sus derivaciones tecnológicas transformadoras del mundo humano (revoluciones industrial, urbana, tecnológica, internacional), queda agregada la *comprensión histórica* (*verstehen*) creadora a su vez de nuevos planteamientos antropológicos en diversas áreas como la epistemología, la psicología y la sociología.

Husserl, Weber, Freud, Scheler, Heidegger, Buber, en las primeras décadas del siglo xx investigan y describen los fenómenos humanos del conocer, del convivir, del ser y hacer culturales, de la interioridad consciente e inconsciente, del yo y el tú en interrelación. Grandes autores fuera de Alemania siguen y desarrollan estas vertientes, otros investigan líneas colaterales. El *Geist* estudiado por los ilustrados y por los decimonónicos, ahora aparece concretado como *Geist im welt*; de hablar del “hombre”, se ha pasado a hacerlo sobre “el hombre y su mundo”. Los planteamientos existencialistas e historicistas pervaden todas las manifestaciones culturales (filosóficas, literarias, teológicas...) y alimentan las presentaciones en los cada vez más poderosos medios de comunicación masiva. Al llamamiento a las tomas de conciencia, al personalismo, a la vivencia de participación que plenifica se oponen las cada vez más avasallantes convocatorias del industrialismo a identificar la vida humana en el binomio producir/consumir, a sobrevivir en las crecientes urbes industriales a base de relaciones funcionales. Nuestro siglo va siendo simultáneamente la

época tanto de máxima convocación a la conciencia histórica identificante del sujeto, de sus posibilidades y condicionamientos reales, como de la alienación ahistórica que, llevándonos al olvido de nosotros mismos, nos distrae, nos divierte, nos manipula y, de sujetos, nos convierte en objetos. A partir de la segunda mitad de nuestro siglo la televisión ha servido de poderoso instrumento para alienar, tanto que la primacía otorgada al economicismo sobre el destronado nacionalismo ha desatado en todo el ancho mundo los poderes de la codicia y sus injusticias con los débiles, ha dejado en manos del tecnologicismo y el afán de lucro la racionalidad social. Las diversiones y grandes realizaciones materiales constituyen la contrapartida en este fenómeno masivo de alienación humana.

El parteaguas de la mitad del siglo, que se inicia con el recuerdo de los horrores de dos guerras mundiales y la tragedia de las estatolatrías, reavivan por una parte las hipótesis libertarias del existencialismo, aunque desatan por otra parte la dialéctica del estructuralismo ante las exageraciones del individualismo liberal. Los imperios cesan en sus formas políticas de gobernar los países coloniales con funcionarios extranjeros, y se inicia el nuevo estilo de imperios económicos y de dominio con base en el endeudamiento de los países no industrializados.

A pesar de los cambios políticos y económicos que se definen hacia el presente fin del siglo como "globalizaciones" de naciones y de regiones, signo inequívoco de la superación histórica del nacionalismo, en las estructuras del conocimiento científico se mantienen cada vez más firmes las exigencias del método histórico: establecimiento crítico de textos, contextualizaciones, comprensiones crecientes interpretativas, evaluación de la propia interpretación, establecimiento de las cuestiones en sus propios procesos de avance y en sus relaciones interdisciplinarias, comunicación de resultados. En otras palabras: no sería aceptable en ninguna institución académica de nuestro mundo actual planteamientos que no fueran historiológicos o críticamente situados y evaluados en sus contextos reales, que fueran meramente ideológicos, conceptualistas, funcionalistas. Y esto es logro indudable de nuestro siglo, logro irreversible en el caminar de nuestra cultura, como podríamos afirmar otro tanto del "Kantismo" a partir del siglo xix, del método científico de Galileo y Newton desde el siglo xvii, etcétera.

Las corrientes diversas de pensamiento serio que han recorrido nuestra centuria han allegado materiales para la conformación de una nueva ciencia universal: la *hermenéutica*. En la hermenéutica —como aprendizaje de lectura no meramente dialéctica sino lectura

de sentidos complementables y matizados, de códigos con diversa teleología, iluminados y sostenidos por horizontes distintos de comprensiones y de valores—, confluyen los hallazgos tanto de las ciencias de la naturaleza para intentar exitosamente la heurística y la catalogación y conservación de los objetos culturales hallados, como las luces encendidas por las ciencias del espíritu en las antropologías etnológicas y filosóficas, en las epistemologías y metodologías, para la mejor comprensión y valoración de los significados elaborados por las culturas y sociedades humanas. Esta conformación plural de la hermenéutica refleja inequívocamente el pluralismo de nuestro tiempo, a la vez que se postula como el modo válido de conocer y de convivir: dialogando, participando, discerniendo, respetando a quienes piensan y deciden en formas diferentes a las propias. La hermenéutica como manifestación del espíritu crítico, como lenguaje interdisciplinario, como *paideia* de nuestro siglo, reúne las potencialidades suficientes para formarnos como hombres y mujeres del mundo de hoy, destinados a pronunciar un mismo lenguaje cultural, fruto de modos análogos de comprender y juzgar las realidades.

La hermenéutica se ostenta ya como “ciencia universal” de nuestro mundo contemporáneo, no en modos homólogos a como ha sido la metafísica ciencia universal, sino de forma distinta. La metafísica fue y sigue siendo la ciencia del ser y, por tanto, universal y necesaria. La hermenéutica, al pretender comprender críticamente las diversidades culturales y sociales, los significados cambiantes que constituyen el mundo exclusivo de los hombres, trabaja científicamente en el pluralismo, y su universalidad se debe a que lo hace en todas las manifestaciones socioculturales por diversas que sean. Su universalidad se refiere, asimismo, a la necesaria interpretación que los hombres hacemos de toda realidad al comprenderla, juzgarla y expresarla, ya sea natural o histórica, ya sea material o espiritual, ya sea humana, subhumana o divina, ya sea actual o posible. Cuando esa necesaria interpretación o modo humano de reflejar y expresar conscientemente las realidades se intenta críticamente, es decir, con métodos justificados en su objetividad, entonces estamos hablando de hermenéutica como ciencia universal.

Nuestro tiempo ha avanzado en los intrincados caminos de las creaciones simbólicas con las que los humanos expresamos lo sentido, percibido, comprendido, afirmado, valorado, preferido y deseado ante las realidades pluriformes. Lenguajes, ritos, mitos, expresiones artísticas de toda índole, creaciones todas de la conciencia humana sumergida en horizontes históricos que afocan diversamente la visión de gentes y cosas, de acontecidos y modos de convivencia, han sido y

siguen siendo objetos de investigación de las ciencias humanas y sociales del siglo xx. En todas esas ciencias uno de los denominadores comunes es la historiología, conocimiento de los procesos acumulativos y cambiantes que han creado ese cúmulo admirable y variadísimo de expresiones simbólicas humanas. La historia crítica da cuenta de las trabazones y diversidades a través de tiempos y lugares, ilumina las coyunturas ahí donde grandes corrientes de pensamiento y tradición entraron en crisis y cambiaron de rumbo, donde el dramatismo de toda suerte de violencias cambió por desgajamiento las estructuras de la convivencia social. Sin la conciencia de esta pluralidad cambiante o *conciencia histórica*, sencillamente volveríamos a los siglos pasados y a sus honrados planteamientos exclusivistas, dogmáticos, monolíticos, metaficistas, juridizantes, nacionalistas irreformables.

Nuestra centuria toca a su fin enarbolando los nuevos axiomas antropológicos y sus métodos hermenéuticos historiológicos. Pero, estos innegables avances no resuelven del todo el misterio del hombre, menos aún dilucidan en definitiva su "corazón". La salvación de la humanidad rebasa los límites de la historiología. Debemos esperar en Dios, señor de la historia, Quien nos salva en la historia, a riesgo de convertir la ciencia histórica en un gnosticismo más.

### *Nuestro México*

Para nosotros el siglo xx ha sido revolucionario. Podríamos hablar de dos notorias revoluciones: la demográfica y la económica. Ambas manifestadas en una tercera: la urbano industrial. De poco más de diez millones de habitantes en el inicio del siglo, seremos más de cien millones para el cierre del mismo. De un país agropecuario con algunas industrias, México se ha convertido en un país industrial cuyo producto interno es cien veces mayor que cien años atrás. Ante estos aumentos sorprendentes, cuantificables, que involucran avances en muchos campos vgr. de comunicaciones, médico-sanitarios, tecnológicos, organizativo-funcionales, nuestro país ha padecido lacerantes rezagos en los importantísimos aspectos humanos. Nuestro desarrollo social es raquítrico en lo político, en lo educativo. Nuestros contrastes humanos, heredados del pasado, se mantienen en gran parte. La mesticidad étnica y sociocultural, lugar de encuentro y forja de igualdad, avanza más cuantitativa que cualitativamente. Seguimos siendo una nación de élites y masas, de pocos privilegiados y muchos desheredados, de capitales en pocas manos con gran poder de decisión junto con mayorías empobrecidas, ignorantes y sometidas. Ni el poder ni el

tener ni el saber han sido equitativamente repartidos. Acercándonos al año 2000, la revolución sociopolítica profunda está aún por llegar.

Entre los instrumentos más idóneos para vencer frontalmente esos atrasos en nuestro desarrollo social, formando la conciencia cívica participativa, creciendo en los valores fundantes de justicia, libertad, igualdad, que resultarán en solidaridad y bienestar para un número cada vez mayor de grupos e individuos, encontramos la enseñanza y difusión crítica de nuestra historia y de la historia universal. Se trata del aprendizaje de los procesos sociales en nuestra historia, sus causas, problemas, desplazamientos, involuciones, situados en sus contextos reales, léidos hermenéuticamente en sus textos, recuperando así los significados históricos. Escuchar estas lecciones en clase, en la televisión y el cine, en conferencias, en el teatro y en los museos; ir aprendiendo a leerlas en objetos y edificios, obras de arte y escritos, en las huellas hechas por los hombres sobre la corteza terrestre y en la naturaleza misma como *habitat*, irá haciendo de nuestro pueblo un buen justipreciador de su identidad, lo fortalecerá para la lucha de la convivencia social intranacional y lo convertirá en un más sólido interlocutor ante otras naciones, más seguro de sí, de lo que quiere y de por qué lo quiere.

La conciencia histórica o saber quiénes somos y qué queremos constituye el auténtico tamaño de una nación. Así lo hemos visto, emocionados, en los acontecimientos del Este europeo en estos últimos meses: pueblos que —a pesar de la tragedia de la guerra y de décadas de opresión ideológica y militar— sabían quiénes eran, qué querían y cómo lo podían lograr en libertad y en solidaridad. Bastó un día con asomos de liberación para que todos salieran a la calle y manifestaran su sentir, apoyaran tumultuariamente a sus genuinos líderes y lograran el cambio anhelado. Por el contrario, sin conciencia histórica podrían pasar los años y los siglos y seguir un pueblo sometido tiránicamente y sin saber ni de su identidad ni de las potencialidades de su propio desarrollo social.

Hablar en serio de modernidad, de participación y solidaridad, de progreso e integración nacional hará sonar la hora de asumir nuestra riquísima —aún envidiable— herencia cultural, identificarnos conscientemente con y en ella, para enfrentar los serios compromisos que están tocando nuestras puertas en estos últimos años del siglo y salir airoso en este encuentro con el nuevo mundo que nos convoca.